

Farruco Sesto



Ser de
IZQUIERDA
Después de Chávez

Farruco Sesto

SER DE IZQUIERDA después de Chávez

VERSIÓN EN CASTELLANO
DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN GALLEGO
SER DE ESQUERDA, DESPOIS DE CHÁVEZ

Una edición digital de la
Agrupación Xosé Velo-A Nosa América



@XoseVelo
<https://agrupacionxosevelo.gal>
agrupacionxosevelo@agrupacionxosevelo.gal

Vigo, abril de 2020.



Farruco Sesto Novás. Venezolano, nacido en Vigo en 1943, es arquitecto, poeta, escritor y pintor. Profesor titular jubilado da Universidad Central de Venezuela. Entre 2003 y 2013, formó parte de los gobiernos de los Presidentes Hugo Chávez y Nicolás Maduro, ejerciendo como Ministro del Poder Popular para la Cultura, Ministro del Poder Popular para Vivienda y Hábitat, y Ministro de Estado para la Gran Caracas. Es Premio Nacional de Arquitectura en Venezuela, así como Premio Internacional de Filosofía Karl Otto Apel en 2010. Forma parte del Consejo Político del Partido Socialista Unido de Venezuela. Es miembro correspondiente de la Real Academia Gallega. Actualmente forma parte del equipo consular de la República Bolivariana de Venezuela en Vigo.

Obra principal en gallego: *Da estrela o da fouce* (1967) *Achegamento aos trebellos* (1970), *Por unha muller* (1971) *UPG Poemas* (1973) *Porta aberta* (1975), *Arte Poética, poema de amor a Rosalía* (1984) *Isolda* (1988), *Cuestión de nomes* (1990) e *Auga Final* (1995). Toda ella recogida en la antología *Pequenos encontros, as marcas deixadas*, publicada por Espiral Maior, en 2010, en una edición de Yolanda Castaño, com prólogo de Xosé Luis Méndez Ferrín.

Obra principal en castellano: *Ensayo Poético-tendencioso acerca del color, la finalidad y las circunstancias de una muerte en la montaña* (1968) *Poemas apócrifos sobre la unidad* (1980), *Relación de pérdidas* (1984), *Una Pasión* (1990), *Libro de la Luna Interior* (1995), *Desnudo el tuyo, tan hermoso y, para nosotros, necesario* (1997) *Memoria de Angostura* (2001), *¿Por qué soy chavista?* (2002), *Estudio de la mirada, la presencia, la belleza, la necesidad, el deseo, la desolación y la resurrección* (2002), *Fatigas y Fulgores* (2003), *Ejkiññü, la nube* (2005), *Dibujos con la cabeza en otra parte* (2006), *La clase* (2007), *Vivienda para el socialismo* (2009), *Notas sobre el arte de gobernar en revolución, escritas con la ayuda de un diablillo al oído* (2009), *Cuando sea alcalde de Calenda Baja* (2009), *¡Que viva el debate!* (2009), *El espíritu de la comuna* (2009), *Las 6 banderas sobre la colina cultural* (2009), *¿De qué se trata todo esto?* (2009), *Miel* (2010) *Dibujos de mujer* (2011), *Apuntes para el retrato de un líder* (2012), *El amor en batalla* (2013), *El derecho a la ciudad, siguiendo a Chávez* (2016), *Vida de Alfredo Maneiro* (2017)



PRÓLOGO

Este libro

A partir de mi experiencia de vida como militante de la izquierda en Venezuela, durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX y lo que va de siglo XXI, participando como uno más en el proceso que nos llevó a la Revolución Bolivariana, pensé en la conveniencia de poner por escrito algunas ideas sobre lo que eso significa, vale decir el ser de izquierda, en el mundo contemporáneo.

Sé que no son iguales, y ni siquiera parecidas a veces, las condiciones económicas, sociales y políticas de las distintas sociedades y países en este mundo complejo, compuesto por diversas realidades geográficas y culturales y con procesos históricos diferentes. Y que por tanto no caben recetas, ni manuales, ni fórmulas, ni decálogo alguno, que puedan contribuir a entretrejer tanta diferencia para darle unidad ideológica.

Pero entiendo también que lo que, en todo caso, hay, o debe haber, como algo común que atraviese transversalmente cualquier proceso de lucha social de avanzada donde quiera que sea, es un compromiso ético con la humanidad en su conjunto. Pues a partir de ese compromiso profundo, el de una ética que se va elaborando desde la realidad, pero también desde la relación dialéctica entre ella y el gran propósito general de edificar un mundo de seres humanos libres y sustancialmente iguales, es que nos identificamos con esa convención política que denominamos izquierda.

¿Que ese nombre no sirve? Tal vez así sea. Pero el ámbito conceptual sigue estando ahí. Pues de alguna manera nos reconocemos unos con los otros, compartimos algunos criterios generales y somos hijos de ciertos referentes históricos que nos colocan en el mismo lado, con todas las diferencias posibles y sus matices, y más acá de ellas.

Este libro pretende, pues, así, calificar algunas posiciones asumidas, para mí mismo y para mis camaradas cercanos, en el entendido de que de vez en cuando hay que limpiar la casa, ponerla en orden, abrir de par en par sus ventanas y repintar, si cabe, sus paredes, para volver a tener claro donde estamos, en que punto vivimos y cuál es el paisaje que nos rodea.

El título

Ser de izquierda después de Chávez, como título general de estas reflexiones, además de constituir un homenaje personal al Comandante, recoge el punto de partida a partir del cual se va desarrollando en este libro la

escritura de sus partes. Hay una experiencia allí que, como dije, es la de la Revolución Bolivariana, que me sirve de punto de apoyo para el razonamiento y la exposición de ideas y criterios.

Es por esa misma razón que la presencia de Chávez, en su pensamiento y en su obra, recorre todo este pequeño libro de punta a punta. En mi caso, no lo pudiera hacer de otra manera.

La foto de la portada

En el mismo sentido, elegí la fotografía de la portada para ilustrar la idea de que el poder al que se aspira desde la izquierda, no es otro que el poder del pueblo. Me refiero así al poder del pueblo real, actual, en sus condiciones de existencia, no al de una abstracción a la que se entienda como tal.

No conozco las circunstancias en que se produjo la escena que se recoge en la fotografía, pero las puedo imaginar. En un recorrido por la sabana venezolana, el Comandante acierta a pasar por un rancho campesino, humilde, muy pobre, construido de bahareque (palos y barro) con techo de palma, y decide bajar del vehículo de doble tracción donde viajaba y, en solitario, llega hasta la mujer y se acucilla frente a ella para conversar y devolverle, aunque fuera simbólicamente en ese momento, el poder político que le pertenece. No es una escena para la galería. Sino que es más bien el resultado genuino de un compromiso ético con la humanidad. Pues Chávez era así. Y ese es el sentido de la política que

debemos reivindicar con fuerza para la izquierda. Ser de izquierda es eso.

Debo decir que otra foto posible para la portada era esta otra que muestro aquí, en la que el Comandante se inclina para besar las manos del pueblo, reconociéndolo como único y legítimo soberano.



Los temas

Los temas aquí tratados, sobre los cuáles se reflexiona un poco en una suerte de pequeños ensayos, son producto de una selección personal. Creo que me funcionan perfectamente para adjetivarnos, vale decir, para ayudar

a perfilar aquello que somos. Tómesese como un ejercicio entre otros posibles.

En la mayoría de los casos, aunque no siempre, esos temas pueden nombrarse con una sola palabra o con una muy corta frase. Con todo, por razones que más bien tienen que ver con la escritura, la exposición de cada tema la titulé de manera diferente.

En la siguiente relación, que además constituye el índice, está identificado cada uno de los temas



Índice:

| | |
|----------------------------------|----|
| <u>Ser de izquierda</u> | 11 |
| <u>Todo comienza en un dolor</u> | 14 |
| <u>El tema de la dignidad</u> | 17 |

| | |
|--|----|
| El compromiso vital, estar completo | 19 |
| La causa humana | 21 |
| La idea misma de revolución | 23 |
| Reflexiones sobre el vivir en plenitud | 28 |
| El arma del amor | 31 |
| El concepto de poder | 33 |
| Poder liberador del conocimiento | 36 |
| Sumergirse en el pueblo | 39 |
| Lo establecido y lo practicado | 41 |
| La izquierda y la deuda social | 43 |
| Hoy tenemos patria | 45 |
| Una cuestión de ética que se construye | 47 |
| Loa a la moral de combate | 49 |
| Democracia sin límites | 51 |
| El feminismo , el socialismo | 53 |
| Cultura y emancipación | 55 |
| La locura, fase superior del imperialismo | 57 |
| Con verdad y política | 60 |
| Poética de la mirada de izquierda | 62 |
| Pensar y hacer | 65 |



SER DE IZQUIERDA

Hay conceptos, representados por palabras, que nacen para ayudar a comprender la realidad en un momento dado y en una situación determinada. En el ámbito de la política uno de ellos es el de izquierda, que en su origen sirvió para expresar la posición política de uno de los bandos en pugna en la Asamblea Constituyente surgida en el proceso de la Revolución Francesa. El bando opuesto, por contraposición lógica, era la derecha. Ambos conceptos políticos persisten todavía universalizados a todas las culturas y geografías más de dos siglos después. Pero, particularmente el de izquierda se ha convertido en un término tan ambiguo que de poco sirve. Con el paso del tiempo, perdió toda su capacidad de precisión, sirviendo para significar cualquier cosa, tanto a efectos de la propia auto definición como para su uso interesado por el enemigo.

De manera que, a efectos de conocernos nosotros mismos, y de reconocernos quienes queremos cambiar el mundo de base, me parece que podría ser de mucha utilidad precisar ese término, izquierda, en el ámbito de nuestra posición política.

Y hablo de quienes queremos “cambiar el mundo de base”, tomando la metáfora de la letra de La Internacional, porque ese sería un primer punto de arranque para la definición que buscamos construir. Sería de izquierda, según esto, a efectos prácticos, quien pudiera oír, e incluso cantar, ese maravilloso himno sin sentir ningún tipo de rubor ni de desapego de lo que en él se expresa.

Arriba parias de la tierra, en pie famélica legión, atruene la razón en marcha, es el fin de la opresión... El mundo ha de cambiar de base, esclavo de hoy libre ha de ser.

Reencontrarnos en profundidad con ese término, para identificarnos, es una manera de reconocernos como iguales en la diversidad. Un reconocimiento imprescindible a efectos de construir la unidad necesaria para lograr la victoria en “la lucha final”. Desde luego que, en buena parte de las distintas coyunturas políticas, esa unidad seguramente se debería plantear incluso más allá de la izquierda como tal, sumando todas las fuerzas posibles contra un enemigo común, pero lo que sí debe ser verdad es que en todo los casos posibles e imaginables, la izquierda debería jugar un papel relevante, no de comparsa, para lograr transformaciones reales que valiesen la pena. Al menos como catalizador del proceso.

¿Cómo definir entonces, actualizándolo al tiempo presente, el concepto de izquierda? No es tarea fácil hacerlo en pocas líneas, por la complejidad del tema y la necesidad de poder encajar esa actualización en todas las situaciones, geografías y culturas, que no son pocas.

¿Ser de izquierda en Venezuela, ser de izquierda en Galicia, por ejemplo, o en cualquier otra parte de planeta, tiene o debería tener, el mismo significado? Pienso que de eso se trata, justamente, de conseguir las pautas generalizadoras, identificadoras, que nos permitan reconocernos.

Al respecto, creo que la mejor manera de conseguirlo es por medio de la adjetivación del concepto, de su calificación, a través del intento de llenarlo de contenidos como quien viste una palabra, un sustantivo cualquiera, resaltando sus cualidades. Y eso es lo que me propongo humildemente hacer.

Para ello, tomaré como referencia las experiencias vividas en mi condición de militante de un proyecto emancipador tan notable y singular como el de la Revolución Bolivariana. Un proyecto puesto en marcha y liderado durante un tiempo grande por el comandante Hugo Chávez, cuyo pensamiento sigue guiándolo todavía en sus aspectos esenciales. Un proyecto también que, a su vez, se considera heredero y continuador del sueño de Independencia asumido hace ya más de dos siglos por El Libertador Simón Bolívar. Pues pensamos y defendemos que la memoria cuenta, en el transcurrir de las generaciones, para enlazar el pasado inevitable con el futuro que se prefigura.

En cualquier lado es así. En cualquier escenario de las luchas humanas.



TODO COMIENZA EN UN DOLOR

Ser de izquierda, es la consecuencia más inteligente de la capacidad humana de sentir dolor. Me refiero al dolor en el alma ante el dolor ajeno. Me lo dijo una vez el Comandante Chávez, refiriéndose a como se había él iniciado en la inquietud política cuando aún era un muy joven cadete de la Academia Militar: “En verdad por ahí comienza todo, por un dolor, Farruco ¿verdad?”¹

Y yo, repensándolo luego, me acordé de la “canción en dolor mayor” del trovador insignia venezolano Alí Primera. Es un dolor muy propio de la izquierda, que tiene que ver con la identificación con el otro, con el que sufre a causa de la injusticia. Tal vez porque la derecha procesa su reacción ante el sufrimiento ajeno de otra manera, más distante, más descontaminada.

Un dolor, entonces, a partir de lo que es captado por una mirada que nace desde la pureza esencial. En cierto

¹ **Contacto del presidente Chávez con programa especial de la Gran Misión Vivienda Venezuela**

Sede de Venezolana de Televisión, Los Ruices Martes, 27 de diciembre de 2011. Conversación con María Alejandra Aguirre y Farruco Sesto.

modo, desde el candor, de quien está desnudo en la primera mirada al mundo. Chávez también, ante una pregunta sobre cómo era posible la indiferencia de los políticos de la burguesía que parecieran no ver la miseria de pueblo, tan evidente en los barrios que se desplegaron ante sus ojos por toda la ciudad, nos dijo: *es que habría que darle la vuelta a aquel refrán que dice “ojos que no ven corazón que no siente”*. Para entender esa indiferencia visual, esa particular ceguera, habría que decir *“corazón que no siente, ojos que no ven”*.

De manera que es a partir del dolor y de la sensibilidad humana que lo capta, con la mirada pura, que se genera la atención, y de allí la reflexión, la pregunta de fondo, el oportuno ¿por qué?, y de allí a su vez la conciencia, y de ella la toma de posición y a partir de allí la voluntad de transformación. De manera que cuando te das cuenta, ya has hecho de la política profunda tu campo de vida.

Ser de izquierda hoy, y ya no puede haber duda de ello después de que Chávez lo dijo con tanta claridad, es reconocer en ese dolor el Big Bang primigenio, el punto de origen del compromiso social que uno asume como puntal de la propia existencia. Y no olvidarse nunca de ello, de ese primer impulso, sabiendo desde el alma que no se llega a la vida política a través del razonamiento teórico. Ese viene después. Se llega, sí, desde el dolor que la injusticia causa.

Creo que esa espantosa frase tan repetida de que “quien no es de izquierda cuando es joven, no tiene corazón, y quien sigue siéndolo de viejo no tiene cabeza”, lo que hace es tocar de un modo cínico ese punto, asumiendo como un valor la pérdida de sensibilidad ante el dolor

ajeno, para darle paso a los intereses personales desde el razonamiento de que “el mundo es así”. Eso es lo que hay detrás de esa supuesta constatación: la deshumanización de la política. Por más que a veces no es sino un dicho “ingenioso” para justificar la propia traición.

Hay que decirlo con mucha claridad: la consecuencia y la honestidad intelectual, están entre las más altas virtudes sociales del ser humano. En un militante de izquierda leal consigo mismo, no hay manera de que ningún razonamiento desde una mirada ya contaminada, pueda borrar el efecto de ese dolor primigenio ante el sufrimiento ajeno.



EL TEMA DE LA **DIGNIDAD**

En términos políticos resaltar el tema de la dignidad es, o debe ser, un principio entrañable para la izquierda. Me refiero, desde luego, a la consideración de la dignidad esencial de todos y cada uno de los seres humanos como punto de partida para el establecimiento de cualquier relación política, social o económica, entre personas, grupos, naciones o culturas. Tiene que ver por supuesto con ese otro gran postulado, el de la igualdad, pero sin duda yendo más al fondo, hasta alcanzar la médula de la existencia y de la coexistencia.

En el caso específico de Latinoamérica, el concepto de dignidad ha adquirido una particular significación, por estar siempre presente, incluso, en el enunciado de los grandes propósitos generales. Sin quitarle su condición universal, podríamos asegurar que es un tema muy latinoamericano. A lo largo de los siglos, históricamente, esa idea, la de la **dignidad**, fue tomando cuerpo, a través de las luchas de emancipación. Bolívar, como el resto de los grandes Libertadores, la tenía muy presente en su ideario. “Españoles en Venezuela! Volved a vuestra Patria: ella es Libre, ella es justa, ella ha recobrado la **dignidad** de Nación” escribió Bolívar en una proclama desde su Cuartel General en Angostura, el 9 de febrero de 1819.

Y para Hugo Chávez, como gran bolivariano que siempre fue, ese concepto formaba parte inseparable de su posición ante el mundo.

Yo he afirmado que, en el caso de Chávez, los dos grandes disparadores del proceso interior que lo hizo revolucionario, consustanciales a su propio origen, son el dolor ante el sufrimiento ajeno y el sentido de la dignidad humana.

En todo caso, él no lo ocultaba. El de la dignidad es uno de sus temas recurrentes. Extraigo las siguientes frases del que se considera su último mensaje al pueblo, el del 8 de diciembre de 2012: “¡Miseria! Bueno, las miserias “Nada humano me es extraño...” dijo alguien, miserias...,pero por encima de todo con la frente en alto, con la **dignidad** incólume ¿eh? Como pueblo, como nación y yo como individuo, como uno más, uno más de esta gran corriente bolivariana que aquí se desató.”

Con la dignidad incólume, dice, por encima de todo. ¡Qué importante! Tanto como en la consideración del individuo, como en la del colectivo.

Ser de izquierda hoy día, pues, es tener a ese punto concreto, y a esa noción del ser humano que lo incorpora, colocados en la cima de la sensibilidad.

Hemos dicho que somos iguales. O que debemos serlo en nuestra diversidad. Pero si no lo somos, al menos debemos serlo en lo tocante a la dignidad. Una dignidad que es la base de todas las demás consideraciones. Pues si somos igualmente dignos, no es admisible que nos unan relaciones de explotación, ni de opresión, ni de discriminación o exclusión. Ya que es precisamente contra ese tipo de relaciones que surge el pensamiento de izquierda y la acción liberadora que le da sentido.



EL COMPROMISO VITAL, ESTAR COMPLETO

Varias veces le oímos a Hugo Chávez aplicarse a si mismo un concepto de compromiso tomado de Simón Bolívar y que lo resumía en la frase: “Donde yo estoy, estoy completo”. Sabíamos entonces que lo decía con plena convicción y propiedad.

En su caso, sin duda, con el sentido de una entrega total, absoluta, de vida, sin reservas, sin escatimar nada, sin condiciones, para lo grande, pero también para lo pequeño, en lo que hiciera falta. Tanto es así, que incluso le oímos decir también en un momento difícil de su vida, luchando por su salud, “me consumiré gustosamente al servicio del pueblo sufriente”, como una idea que definía e ilustraba el grado de su compromiso.

Ser de izquierda, hoy, después de Chávez, quiere decir de alguna manera asumir esa calidad de estar completo. De ofrecerse a sí mismo. De entregarse a esa llama interior, la ese “ardimiento”, como en otra oportunidad lo describió el mismo Chávez. Unos lo alcanzarán más, otros lo lograremos menos. Cada quien dentro de las condiciones de su ámbito personal. Pero lo esencial es no perder de vista ese horizonte como una referencia ética para su vida. Por algo decía Ernesto Guevara que los

revolucionarios son “el escalón más alto de la especie humana”.

Lo importante es ser coherente con esa disposición. No se trata por tanto de que cada persona que se asuma de izquierda, se consuma en una hoguera particular. Pero, sí, de que cada quien, en su caso, haga lo que pueda hacer desde sus personales circunstancias, sin acomodados, sin relativizarlo todo a cada rato. Cada individuo, cada grupo, cada movimiento en su disposición verdadera a transformar la realidad.

No es un tema de cantidad, es lo que quiero decir, pero sí de la calidad del compromiso, de la sinceridad con que se asuma. Estar completo en lo que se hace. Sin trampas ni autoengaños. Para “graduarse de hombre”, como añadía el Che a la frase citada. O de mujer, si es el caso.

Pues no es de izquierda el individuo que juega a la política como si lo hiciera a las cartas, sin sufrir ni un poquito, poniendo pura cabeza en el juego y nada de sentimiento. El que pone un poquito de sí, de modo muy calculado, pero se reserva el resto, no es de izquierda. Es otra cosa, llámese como se llame.

Esa posición política que, aun no sintiéndose a sí misma de derecha, es sin embargo incompleta, resbalosa, acomodaticia con el “sentido común”, adaptativa, incluso neoliberal en algunos casos, como tanto se estila en estos tiempos de “fin de la historia”, no es izquierda. Aunque a veces se auto defina como tal. No lo es esa “izquierda civilizada”, contemporánea, heredera de formas y maneras establecidas por los poderes dominantes.

La izquierda, siendo subversiva por definición y de naturaleza inquieta y transformadora, tiene además la característica esencial de que a su razón le añade su corazón y lo pone completo.



LA CAUSA HUMANA

“Nosotros, militantes de la Causa Humana”.

De tal manera y con esa frase, identificaba Hugo Chávez la militancia política que ejercía con sus compañeros. Así se veía a sí mismo, como militante de la Causa Humana. Pues esa en el fondo, y no otra, era la naturaleza de su lucha. Con la plena conciencia de que, aun debiéndose a un momento dado, y a unas circunstancias geográficas e históricas en lo concreto, a un pueblo y a una patria precisas, la motivación profunda trascendía esas circunstancias para alcanzar un plano universal.

En un Twitter del 6 de octubre de 2012, el día anterior a las elecciones que lo consagraron como presidente, escribía: “A los Pueblos hermanos del mundo, toda mi gratitud por su apoyo y solidaridad!! Sigamos con Bolívar luchando por la Causa Humana!!”.

Léase bien: por la Causa Humana, entendida como un todo, como algo con la capacidad de hermanar a los pueblos. Como la confluencia general de todas las luchas sociales, ideológicas, culturales, que, en definitiva, tienen como telón de fondo, la emancipación absoluta, integral, del género humano.

Así, no es concebible una visión de izquierda que no contemple ese propósito, como uno de elementos que configuran y le dan sentido completo a la tarea. Que constituye, por así decirlo, la sustancia de nuestra espiritualidad política, una espiritualidad basada en lo humano de todos nosotros, de todas nosotras, en donde quiera que nos encontremos y se desarrollen nuestras vidas

Sabiendo que el ensimismamiento no es útil para nada. Y el aislamiento voluntario mucho menos.

Si nuestra causa es justa y oportuna, ha de ser compartida. Y repartida, contrastada, complementada, comprendida. Como nosotros compartimos causas de otros que las hacemos nuestras.

Puesto que nos proponemos cambiar el mundo transformando la realidad, entendemos que ni el mundo ni la realidad constituyen un escenario tan constreñido como para aceptar una mirada pequeña, de corto alcance. El punto de vista que nos identifica, ha de ser abarcante, incluyente, capaz de superar banderas y fronteras.

Siendo de izquierda, nada de lo humano nos es ajeno. Lo decía Terencio, pero lo resaltaba Marx como su lema favorito. Y es que la humanidad es una sola en su complejidad y en su diversidad.

Siendo de izquierda, somos necesariamente internacionalistas y estamos hechos a todas las batallas por la justicia, sea cual sea el campo donde se libran. Si no para participar directamente en ellas, al menos para analizarlas en todas sus dimensiones, tratar de comprenderlas, y acompañarlas desde la solidaridad.



LA IDEA MISMA DE **REVOLUCIÓN**

Revolución es sentido del momento histórico; es cambiar todo lo que debe ser cambiado; es igualdad y libertad plenas; es ser tratado y tratar a los demás como seres humanos; es emanciparnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos; es desafiar poderosas fuerzas dominantes dentro y fuera del ámbito social y nacional; es defender valores en los que se cree al precio de cualquier sacrificio; es modestia, desinterés, altruismo, solidaridad y heroísmo; es luchar con audacia, inteligencia y realismo; es no mentir jamás ni violar principios éticos; es convicción profunda de que no existe fuerza en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas. Revolución es unidad, es independencia, es luchar por nuestros sueños de justicia para Cuba y para el mundo, que es la base de nuestro patriotismo, nuestro socialismo y nuestro internacionalismo. Lo dijo Fidel Castro el primero de mayo de 2000.

Me acojo a esa abarcadora y contundente descripción de lo que es, o debe ser, una revolución verdadera, para que nos entendamos. Fidel lo dice por supuesto desde su experiencia y aplicada al caso de Cuba. Pero que igual

puede servir para cualquier lugar del mundo. Lease con cuidado y reflexiónese sobre ella.

¿Qué pasó con esa propuesta tan hermosa? ¿Dejó acaso de tener sentido?

Durante mucho tiempo, la idea de revolución nutría y le daba sentido a la lucha política de la izquierda, que la colocaba siempre a en el horizonte de su imaginario. Se podía discutir, sí, y en efecto se hacía con vehemencia, sobre los tiempos, las estrategias y tácticas para alcanzarla, las oportunidades o inconveniencias del momento, las condiciones objetivas o subjetivas, pero en general se daba por sentado que la revolución era el gran propósito. Un punto necesario como llegada, referido a la toma del poder, y un punto de partida indispensable, una vez alcanzado, para iniciar el proceso de transformación que se pretendía.

Las revoluciones históricas eran los referentes, como proceso radicales de cambio, incluyendo a la Revolución Francesa que le dio base a la toma del poder político por la burguesía. Y en nuestro campo, por supuesto, los ejemplos de la gran revolución soviética, la vietnamita, la china, la cubana, como revoluciones que lograron consolidarse, entre otras muchas que no pasaron del intento, aunque también contaban.

Pero luego todo fue cambiando. La era de las grandes revoluciones pareció haber cesado. Y la idea misma de revolución comenzó a verse como algo anacrónico, pasado de moda, innecesario, en el seno de las izquierdas.

En Europa y sus zonas de influencia, eso se convirtió en el punto. Se desmembró la Unión Soviética y la nación Rusa renunció al socialismo. El capitalismo dio pasos agigantados en su afianzamiento con la globalización neoliberal. Y se llegó a preconizar incluso, por parte de algunos teóricos, “el fin de la historia”. De manera que las revoluciones ya no eran necesarias, no tenían sentido, carecían de base. La noción de lucha de clases era un despropósito, que lo que hacía era engendrar el caos y la violencia.

Y el resultado de todo ello es que en la dinámica política había que aceptar el mundo tal cual es, buscando su transformación apenas en lo pequeñito, en lo posible, en lo más inmediato. Sin conectarse a grandes sueños de emancipación que lo que podrían eran generar aun más dificultades.

Y por allí se fue una buena parte de la izquierda, especialmente en América y Europa.

Esa era la situación hasta que inesperadamente, en el tránsito entre dos siglos, muriendo uno y despegando el otro, en Venezuela, con la llegada de Hugo Chávez a la presidencia de la República, comenzó a hablarse de revolución y a ponersele nombre: la revolución bolivariana. Heredera de todas las anteriores, de sus logros, pero también de sus tropiezos y, en algunos casos, de sus fracasos. Heredera también de su propio pasado, de su particular historia por consolidar un proceso de independencia nacional, a través de dos siglos de lucha emancipadora.

He ahí que un concepto que se consideraba trasnochado, el de revolución, demostraba una vez su viabilidad con fuerza propia, con las maneras y los métodos adecuados a los tiempos nuevos. Distinta a las demás en cierto sentido, pero al mismo tiempo revelándose ante el mundo como una revolución auténtica. Pues si no lo fuera de verdad, en lo profundo, no tendría sustentación lógica el cúmulo de ataques constantes e implacables a los que está siendo sometida desde entonces por parte de las fuerzas hegemónicas que habían decretado el fin de las revoluciones.

Una revolución que, por otra parte, se declara pacífica, tal vez la primera, pero al mismo tiempo con capacidad para defenderse. Pacífica, pero no desarmada, como decía el Comandante Chávez.

Una revolución que se propone “cambiar el mundo de base” en su propio territorio, acabar con toda explotación, con toda discriminación, de clase, de cultura, de género, con toda exclusión, para edificar una sociedad “de igualdad y libertad plenas”, según la frase de Fidel. ¿Y no es eso lo que tiene sentido para la izquierda? ¿Qué otra cosa si no? ¿No es esa aspiración la que le da contenido al trabajo político de toda persona o grupo que se considere de izquierda?

Bien es cierto que los tiempos cambiaron. Que hay una ética social sobre el comportamiento, que ya es un logro humano, por así decirlo. Que hoy se manejan otras sensibilidades. Que una revolución en nuestra época no puede descartar a priori la opción no violenta, la vía pacífica, al menos hasta evidenciar su imposibilidad absoluta, si ese es el caso.

Pero también es cierto que la idea misma de revolución está ahí para todo inconforme con el mundo de hoy. Un mundo mejor es posible, es el lema de algunos movimientos. ¿Qué hacer para alcanzarlo, para construirlo?

Más allá de las formas y los procedimientos, la idea misma de la revolución adquiere toda su vigencia en el mundo neoliberal de hoy, donde el pensamiento único y un “sentido común” impuesto desde los bloques dominantes, pareciera cercenar toda salida hacia una sociedad de hombres y mujeres plenos.

Ser de izquierda en estos momentos, pasa por considerar como indispensable la opción revolucionaria. Y de verla posible, con una mirada generosa, de amplio horizonte, vale decir con una mirada de humanidad.



REFLEXIONES SOBRE EL **VIVIR** EN PLENITUD

La vida cotidiana es el escenario principal en el que transcurre nuestra existencia. El ámbito donde nos construimos a nosotros mismos, como seres humanos cada día que pasa, al mismo tiempo que nos integramos en comunidad. Pues el complejo tejido de nuestra relaciones se desenvuelve aquí, en este lugar donde nos hacemos personas a partir de la superación de las dificultades del hecho de vivir, de la exploración de los campos de la felicidad, de la persecución los sueños y de la acumulación de la memoria individual y colectiva, para después trabajarla en común.

La vida cotidiana en cada caso es nuestro particular universo, entendido de sus fronteras hacia adentro.

Es, pues, un espacio digno de la máxima atención para cualquier proyecto de transformación en la búsqueda de la emancipación humana. No lo podemos descuidar ni, mucho menos, menospreciar.

Es un espacio clave.

Cuando Bolívar dijo que “el sistema de gobierno más perfecto, es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política”, se refería justamente a la capacidad de un gobierno de influir en ese punto, el de la experiencia de vivir. Tiene que ver con esa felicidad colectiva que se edifica a partir de la adición de las partes.

Es esa suma de felicidad posible de la frase de El Libertador, la que el Comandante Chávez integra a su doctrina para identificarla con el socialismo y con esa otra metáfora suya, la del “vivir viviendo”, tan querida por él: Así, “el socialismo es la buena noticia en esta tierra, el socialismo es el camino a la justicia social, a la vida plena para vivirlo viviendo y más allá la paz social, la mayor suma de felicidad posible”. “Solo por el camino de la revolución, democrática y pacífica, y el socialismo, tendremos éxito en que todos los venezolanos y venezolanas obtengan una calidad de vida digna, y podamos decir que todos vivimos viviendo, para insistir en esa frase: vivir viviendo”. Una frase de Chávez que nosotros podríamos traducir como vivir en plenitud, o como vivir plenamente.

En el pensamiento de izquierda contemporáneo, esa idea de “vivir plenamente” es una flecha dirigida al centro de la diana. A partir de la abstracción conceptual de la idea de emancipación humana, el militante de izquierda se

mueve hacia su concreción en lo cotidiano, en la vida real de las personas, de todas y de cada una, subrayando los temas esenciales: la libertad, la consecución del soporte material de la existencia, la superación de la angustia, el desamparo y la soledad inducidas, el pleno desarrollo de la personalidad en igualdad de condiciones, el disfrute a manos llenas de la cultura, el enterramiento definitivo de la ignorancia.

Lo cual, bien mirado, solo puede ser alcanzado en una sociedad de iguales en la diversidad. Vale decir, en el socialismo. Así que ¡Pa'lante!



EL ARMA DEL AMOR

¿De qué se trata, si eres de izquierda? De enfrentar la batalla política, que es afrontar la vida y sus contradicciones en términos colectivos, con el ánimo preparado por el amor. Es decir, de participar en la lucha social, inevitable, sea cual sea la magnitud con que se plantee en un momento dado, a partir de la inclinación por el otro, de la tendencia hacia el otro, de la disposición hacia el otro. Vale decir: hacia los otros. Hacia los hombres y mujeres que pugnan (consciente o inconscientemente) por alcanzar su emancipación material y espiritual.

Esta es la motivación de las motivaciones. “Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor.” Lo escribía el Che. Y otro gran comandante nuestro, Hugo Chávez, lo explicitaba poniéndole un volumen todavía más fuerte a sus palabras, cuando decía, por ejemplo: “Así deben ser ustedes, cada uno debe tener por dentro un big-bang, una gran explosión de amor, porque es amor lo que se requiere, el amor es el motor fundamental de una verdadera revolución.”

Eso decían Chávez y el Che, y eso asumimos cuando preconizamos el “amor en batalla”. Y no es fanatismo, ni ingenuidad lo que nos inspira. Ninguna de las dos cosas. Porque el amor está en la génesis misma de la preocupación política como sustancia fundamental de su composición originaria. O debiera estarlo.

NI tampoco es algo que tenga que ver necesariamente con una moral de inspiración religiosa, como si las ideas liberadoras se constituyeran a partir de una especie de creencia en algo que nos sobrepasa. Y no, no es así, porque ese amor convertido en la piedra donde afilamos nuestras ideas y acciones, no surge a partir de una motivación sobrenatural sino esencialmente terrenal, de aquí y de ahora, de nuestra condición humana y de sus circunstancias.

Seguramente es por eso que nuestra visión del mundo, nuestro concepto del poder, nuestro sentido de la verdad, la belleza y la justicia, nuestro planteamiento indeclinable de la igualdad esencial de los seres humanos, no pueden ser erradicados como si fueran hierbas malas. Porque provienen de una razón profundamente nuestra que es la razón amorosa. Que es, sin duda, una construcción argumental levantada en los siglos a partir de las mejores cualidades para la convivencia. Y que es, en verdad, el mejor instrumento para el combate que nos arroja.



EL CONCEPTO DE PODER

No se puede ser de izquierda solamente en los planos de la convicción moral y del pensamiento. Pues forma parte también de su naturaleza una indispensable voluntad de actuación para la concreción de las ideas. Así, la condición de izquierda está ligada de modo indisoluble a una aspiración de poder. Y no hay que tener vergüenza por ello. El manejo del poder es absolutamente necesario para la transformación de la realidad social, que es en definitiva de lo que se trata.

¡Ah!, ¿pero qué tipo de poder?

Hay varios elementos que, en nuestro campo de la izquierda, son determinantes.

Uno es el principio de que el poder le pertenece al pueblo, que es su dueño originario. Este principio es irrenunciable.

Si ello es así, hay que saber que la tarea fundamental en el ejercicio de poder político, cualquiera que sea el escenario, es devolvérselo, entregárselo, al pueblo. Es lo que algunos han sintetizado en la frase de “mandar obedeciendo”.

Otro elemento que está ligado de manera entrañable a la posición de izquierda es la visión del conocimiento como basamento del poder democrático. De hecho Chávez, afirmaba que “el principal poder es el conocimiento”. Sin él no hay democracia posible. Y lo hacía años después de que José Martí hubiera dicho que hay que “ser cultos para ser libres”.

Por otra parte, y en eso Chávez insistía mucho, es que el poder al que se aspira, o el que se ejerce dado el caso devolviéndolo al pueblo, debe ser “un poder que pueda”. No abstracto. No retórico. Sino dotado de una real y auténtica capacidad transformadora.

Resaltando también que, en definitiva, la función esencial de ese poder que sueña la izquierda es el de la emancipación del ser humano, según las condiciones de cada momento y de cada lugar. De manera tal que si ese poder no es emancipador, no interesa.

¿Y cómo se estructura ese poder en la acción real?

Este es un tema muy interesante que tiene que ver con la concepción del poder como un sistema diseñado con base a una relación dialéctica entre dos polos. Uno de ellos es

la concreción localizada, territorial o sectorialmente, del poder popular, siempre actuante, siempre presente. Y el otro polo, indispensable, es el mecanismo que garantice la unidad de ese poder, llámase Estado o gobierno nacional en unos casos, gobierno de la ciudad en otros, en fin, lo que corresponda, siempre dentro del principio no negociable del ejercicio del poder popular. De esa relación dual, integral, auténtica, permanentemente activa, entre el poder en lo concreto y la unidad de poder en lo general, se nutre la democracia en la visión de izquierda.

Otras posibilidades, simplemente no existen. O en todo caso corresponden a otra galaxia ideológica.



PODER LIBERADOR DEL CONOCIMIENTO

“La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es instrumento ciego de su propia destrucción”

“Ser culto es el único modo de ser libre”

”Hemos dicho que la estrategia fundamental para derrotar la pobreza es darle poder a los pobres. Y el primer poder es el conocimiento”.

Reproducidas en orden cronológico, esas frases de tres grandes líderes y conductores de pueblos como Simón Bolívar, José Martí y Hugo Chávez, nos dan la pauta de lo que ellos pensaban acerca del papel del conocimiento en los procesos de liberación de América latina.

Tomándolas de allí, pudiéramos proyectarlas hacia los procesos generales de emancipación humana, concentrándolas en la idea del conocimiento como arma de liberación. En lo individual, desde luego, pero sobre todo en lo colectivo.

Pues de nada vale la libertad personal si no se inserta en la liberación de la sociedad en su conjunto. Es un axioma que cualquier persona de izquierda suscribiría, para darle sentido a la lucha política.

El primer poder es el conocimiento. Estamos de acuerdo con ello. Se necesita el análisis certero de la realidad, para descifrar las causas de la injusticia y confrontar toda opresión. Así como para diseñar el recorrido del camino que se necesita transitar.

Es el conocimiento el que devela la verdad profunda de las cosas y genera los argumentos en la batalla de las ideas. Y el que le sirve de soporte a los sueños, para diferenciarlos de la utopía.

¿Ahora bien, de dónde viene, cómo se adquiere ese conocimiento, real, profundo y útil, que se precisa para alcanzar la libertad?

Al respecto, me interesa puntualizar dos aspectos de la producción y adquisición del conocimiento?

El primero es anotar que ese conocimiento, esa comprensión oportuna de la realidad del mundo, es, como tantas otras cosas que constituyen nuestra cultura (y nuestras culturas), una construcción humana permanente. Como lo es la ética, la sensibilidad, el amor, el arte y, por supuesto, la ciencia. Construcciones que hacemos para entendernos. Elaboraciones.

Y una vez aceptado el conocimiento como construcción, lo segundo es precisar que los ladrillos vienen de la praxis o, por mejor decirlo, de la relación entre la teoría (el

grado de elaboración alcanzado) y la práctica (la inmersión directa en los hechos de la realidad).

En todo esto, el poder tiene mucho que hacer. De allí la frase de Chávez: “el primer poder es el conocimiento”. Y la política tiene mucho que hacer.

De vez en cuando es bueno recordar estas cosas. Sobre todo en estos tiempos donde el conocimiento auténtico de la realidad es sustituido por una suerte de verdad mediática, más falsa que un fulano autoproclamado.



SUMERGIRSE EN EL PUEBLO *(De las catacumbas al corazón)*

Hay quien concibe el ejercicio de la política, como si fuera un juego de salón. Un tema de sagacidad y de habilidades en la confrontación de cúpulas. El arte afinado de la constante maniobra personal y grupal. Sumado, en estos tiempos que vivimos, al cultivo de las relaciones virtuales a través de las redes.

Pero por más que en el universo de la izquierda, haya quienes lo supongan también así, y lo lleven a la práctica, déjenme decirles que esa concepción no es de izquierda.

Creo que hay que insistir en ello. No lo es.

Pues para la mujer, o para el hombre de izquierda, para los movimientos o partidos de este lado del espectro, para todos aquellos que desean transformar a fondo la realidad hasta el límite de lo posible, la política es y debe ser otra cosa bien distinta.

Nada sin el pueblo. Todo con él, al servicio de él, sumergidos en él, hasta donde la vida alcance. Y sobre

todo después de Chávez, que hizo de esa relación el eje de su pensamiento político y de su práctica.

No podría ser de otra manera. Esto vale tanto para la etapa de la lucha por el poder, como para la subsiguiente lucha desde el poder, que nunca termina.

Al respecto, quiero hoy cederle al Comandante Chávez, una vez más, el espacio de esta humilde columna para que nos acompañe con sus palabras. Vean ustedes, de que manera tan sentida lo expresa:

“...recuerdo haber dicho: Me voy a las catacumbas del pueblo. Y desde entonces nos fuimos. No es que me voy, porque en verdad uno nunca anda solo, aunque a veces el desierto aprieta y el sol encandila y la arena se recalienta. Nunca uno anda solo. Jamás uno anda solo. Aunque a veces lo pareciera. Pero nos fuimos entonces por las catacumbas del pueblo. Recorrimos soledades, recorrimos caseríos, de día, de noche, bajo la lluvia, bajo el sol, con poca gente o con mucha gente, no importa, pero con una bandera en alto, con un proyecto largo, con un camino abierto y abriéndose hacia el horizonte, y ese camino, pues, aquí nos lleva, pero es el mismo camino, es el mismo rumbo, las catacumbas del pueblo para que salgamos de las catacumbas, para que salgamos de los abismos, para que hagamos una Venezuela verdaderamente nueva...”

Y en otra oportunidad: “...voy a las entrañas, a las catacumbas del pueblo, fue que dije y de ahí no he salido. De las catacumbas al corazón”

Por mi parte estoy convencido de que si esta Revolución en batalla sigue el camino de la victoria, es porque la mayoría de nuestros líderes fundamentales, y especialmente el Presidente Nicolás Maduro, han sido buenos hijos de Chávez también en esto.



LO ESTABLECIDO Y LO PRACTICADO

Entre las cualidades que adjetivan el ser de izquierda, una de ellas muy importante es el aprecio, pudiéramos decir la exigencia, de la sinceridad, de la autenticidad, no sé si llamarlo así, en uno mismo y en los demás a la hora de la verdad. Que no es otra hora, que la de la concreción de la política. Justamente por eso, porque es el momento verdadero, de lo definitivo, donde la teoría y la acción, vale decir, la palabra y los hechos, deben corresponderse perfectamente como una mano con la otra.

Es un concepto bolivariano, que Chávez hizo suyo. “Mi opinión es, legisladores, que el principio fundamental de nuestro sistema, depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada en Venezuela”, dijo el Libertador en el Congreso de Angostura en 1819.

Comentando esa frase, Chávez nos explicaba en su “Golpe de Timón”, que “Eso es, bueno, un núcleo, un núcleo fundacional o fundante de nuestro proyecto bolivariano, sin duda un pensamiento socialista de largo alcance el de Simón Bolívar.”

Lo que se establece, en este caso la igualdad, debe ser practicada. Si no ¿de qué sirve? ¿Cuál sería el sentido de la política? ¿Para qué hacemos lo que hacemos?

Y así como la igualdad, el resto de los principios irrenunciables, de los propósitos generales, de los grandes enunciados, sobre los que se apoya la posición de izquierda. Asuntos de fondo que, una vez establecidos como guías, no pueden ser dejados de lado, corriendo la arruga.

Lo que se dice debe corresponderse con lo que se hace. Lo que se dicta, con lo que se exige. Lo que se escribe no puede volverse letra muerta.

No se puede ser de izquierda en el nombre, por ejemplo, y de derecha en el programa. El socialismo y el capitalismo son dos propuestas antagónicas.

Eso no quiere decir que no pueda haber tiempos a tomarse en cuenta, estrategias, grados de aproximación al objetivo, porque la transformación de la realidad, en muchos de sus aspectos esenciales, es un proceso duro y complejo. Pero siempre con el conocimiento democráticamente compartido de la coyuntura que se vive en cada caso y del camino a recorrer. Es decir, con la conciencia clara de dónde se está y hacia dónde se va.

Lo establecido debe ser practicado. Aunque muchas veces, sino siempre, haya que tensar la realidad para que se corresponda con el sueño.



LA IZQUIERDA Y LA **DEUDA** SOCIAL

Habría que ser muy reaccionario para no validar en pleno siglo XXI el principio de igualdad de los seres humanos, casi siempre consagrado en las leyes. Hasta la derecha, que le da el soporte político al capital, suele aceptar ese principio en el plano de los derechos y las oportunidades. En el papel, por supuesto.

La diferencia es que para la izquierda no es suficiente con la igualdad ante la ley sino que busca la igualdad en los hechos. Antepone la realidad a la escritura y reclama las condiciones antes que las oportunidades.

Y dentro de la izquierda, los revolucionarios son los que luchan especialmente por conseguirlo, por transformar el mundo para hacerlo posible. Para lo cual saben que hay que cambiar los basamentos mismos del sistema. Y no dudan en empeñar su vida en el intento.

No es un planteamiento. Eso no es suficiente. Es una construcción colectiva. Para que no haya explotados, ni excluidos, ni desplazados, ni menospreciados, ni abandonados a su suerte.

Para acabar con la pobreza material y espiritual, desmontando las estructuras que la hacen posible. Y retejiendo de otra manera el universo de las relaciones humanas.

En ese sentido, ser de izquierda resulta muy sencillo. Basta con intentar entender el mundo a fondo, buscando explicaciones certeras, y a partir de allí poner en marcha en tu corazón los instintos básicos de humanidad. Es comprender que hay un territorio de valores al que denominamos cultura y que debemos cultivar entre todos. Es compenetrarse con el amor antes que con la indiferencia, Es aceptar que la libertad de cada uno va íntimamente ligada a la libertad de todos, y que por lo tanto precisa de la justicia. Es conocer que la felicidad, más allá de una exclusiva búsqueda personal, se relaciona con la felicidad del común. Esto es, con la mayor suma de felicidad posible, para decirlo con las palabras de Bolívar.

Pero ello no espera. Esa construcción no espera. Hay que ponerse a edificarla de una vez. Para lo cual hay que equilibrar lo más rápidamente posible las condiciones de vida de todo el pueblo.

Tras siglos y milenios de sociedades estructuradas en clases, el peso de la desigualdad es inmenso. En unas sociedades más que en otras, pero en todas existe.

Es por ello que, en cualquier programa político de izquierda, donde quiera que sea, uno de sus puntos esenciales ha de ser el de saldar tempranamente la deuda social. Como una cuestión impostergable. La Revolución Bolivariana en nuestro caso, lo comprendió muy bien.



HOY TENEMOS **PATRIA**

La revolución es necesaria para que todos podamos tener patria. Lo decía Chávez: “Después de la revolución, como resultado de la revolución viene la Patria”

Porque la idea de patria, que tiene que ver con la de una comunidad enraizada en el tiempo, con la que nos une un entrañable sentido de pertenencia, se nutre del amor y de la inclusión. Y se proyecta hacia el mundo desde la igualdad.

Sin embargo más de uno en el campo de la izquierda, pudiera pensar esquemáticamente que la idea de patria está en contradicción con la de emancipación de clase. O también, que la idea de patria choca con el espíritu internacionalista. Nada más equivocado. La famosa frase del Manifiesto Comunista, “los trabajadores no tienen patria”, va acompañada de una reflexión que redondea el argumento: “A los comunistas se nos reprocha también que queramos abolir la patria, la nacionalidad. Los trabajadores no tienen patria. Mal se les puede quitar lo que no tienen. No obstante, siendo la mira inmediata del proletariado la conquista del Poder político, su

exaltación a clase nacional, a nación, es evidente que también en él reside un sentido nacional, aunque ese sentido no coincida ni mucho menos con el de la burguesía.”

¿Y cuál es ese sentido de patria? Pudiéramos preguntárselo, más en los hechos que en la teoría, a un referente indispensable de la izquierda como Ernesto Guevara, que “era argentino y cubano” como dice el poema de Nicolás Guillén, y se reconocía como tal. Un revolucionario que además hizo fuertemente suya la frase “Patria o muerte, venceremos”, con la que culmina de manera rotunda la Segunda Declaración de La Habana, Y que sin embargo, dando muestra de un internacionalismo ilimitado fue a luchar a Bolivia y a morir allí por la emancipación de otra patria aún más grande llamada América. “La Patria es América”, lo dijo Simón Bolívar. Y que por otra aun mayor, universal, se había ido a luchar un poco antes al Congo, dándole un sentido completo a la aseveración de José Martí: “Patria es humanidad”.

“Patria, ¡hoy tenemos Patria! Y pase lo que pase en cualquier circunstancia seguiremos teniendo Patria”, nos dijo Hugo Chávez en su último mensaje del 8 de diciembre de 2012.

De manera que no hay contradicciones de ningún tipo, sino todo lo contrario, entre el ser de izquierda y ser patriota. Entre amar a la patria y ser internacionalista.

Una patria, una casa común, la proyección, en un lugar y en un tiempo dados, del amor a la humanidad, por la que vale la pena ofrendar todo lo que tengamos, hasta la vida misma.



UNA CUESTIÓN DE **ÉTICA** QUE SE CONSTRUYE

Somos de izquierda, Y por ello, más allá de las diferencias culturales y sus matices, consideramos que hay un comportamiento medular de lo que consideramos humano, basado, justamente, en una ética referencial de humanidad. Una ética que hay que ir imaginándola y dándole forma desde la realidad de cada uno. Una ética, pues, en construcción, que no consiente disculpa alguna para ser abandonada de raíz o apartada a un lado.

Cualquiera de nosotros, y hablo aquí de las bolivarianas y de los bolivarianos, que por algo lo son, lo pensamos de esa manera, lo sostenemos en cualquier escenario, y lo tratamos de poner en práctica todos los días de nuestra vida. No nos avergonzamos por eso. No nos sentimos débiles por ser buenos, por ser correctos, por intentar ser un ejemplo para los demás, lo consigamos o no. Sin que seamos santos, que no se trata de eso, procuramos ser honorablemente humanos. Es una cuestión de valores y de principios, que deben acompañar a la política. Porque por ellos, justamente, y a partir de ellos, de esos valores que constituyen una estructura ética referencial para cada uno de nosotros, es que confluimos a la política. Y con

mayor razón a la política que busca transformaciones revolucionarias.

Ser de izquierda, comienza, justamente, por honrar esa ética esencial que, en su génesis, te hace mirar al mundo desde un punto de vista generoso, y al mismo tiempo crítico, inconforme. Para visualizarlo como un otro lugar, donde todos pudiéramos convivir en paz y en condiciones de dignidad. Y de eso se trata.

Hay cosas, por ejemplo, que un revolucionario no hace. No importa el color de la camisa con que se viste. No importa el tiempo y esfuerzo que le dedique a sus objetivos. No importa la dureza del camino que haya recorrido hasta aquí. Hay cosas que un revolucionario o una revolucionaria no hacen. Y menos en nombre, o al servicio, de una revolución. Porque una revolución no es así.

Intentamos prefigurar con nuestras actitudes el mundo que soñamos y por el cual entregamos la vida. Algunos hay que no pueden comprenderlo.

Que nada de esto nos desanime. Leales siempre, traidores nunca. Somos hijos de Chávez.



LOA A LA **MORAL** DE COMBATE

A David Arráez, a quien jamás olvidaremos

Ser de izquierda es una manera de ver el mundo consecuente con la voluntad de cambiarlo. Pues “de lo que se trata es de transformarlo” como diría un viejo amigo.

Por eso, ser de izquierda significa, aunque sea metafóricamente, pasar la vida en una continua batalla. No hay tregua en ello, ni armisticio posible en el camino del combatiente o, por mejor decirlo, de los combatientes, hacia la consecución de un sueño.

Porque la lucha tiene lugar, sin duda, en lo personal, en el sentido de que cada uno cuenta al asumir su responsabilidad, pero, sobre todo, está planteada, o debe estarlo, en términos colectivos. Ya que nunca podría alcanzar su propósito en solitario, aun siendo el terreno de las ideas. Y por lo tanto necesita método, organización y moral de combate.

Esto último es fundamental, pues aquellos que van a la batalla sin el ánimo de victoria, ya pueda darse por derrotados de antemano.

El general Bolívar lo consideraba un factor esencial en el planteamiento de la guerra. Así le escribía al almirante Luís Brión desde Angostura el 14 de diciembre de 1819. “He formado un ejército muy superior al que puede oponerme Morillo. Además la moral de las tropas de la República es muy superior a la del ejército del Rey.”

Nuestro comandante Chávez hablaba también, en el mismo sentido, de la importancia de la moral de combate, pero aplicada a la batalla cotidiana.

“Que cada día crezca la moral de combate de nuestro pueblo, que cada día crezca la certeza de la victoria, el trabajo unido, la organización, la alegría...”

“Nadie logrará parar a Venezuela. Los que pretendan hacerlo morderán de nuevo el polvo de la derrota, los que pretendan hacerlo recibirán como respuesta la tremenda fuerza del pueblo bolivariano y revolucionario. Esta revolución seguirá avanzando a paso de vencedores y en ella, en la punta de su vanguardia, en el alma de la revolución, los jóvenes venezolanos, los estudiantes venezolanos. Muchachos únanse, muchachos levanten la bandera, muchachos levanten esa moral de combate, muchachos, unidos seremos invencibles...”

De manera, y vuelvo al principio, que si ser de izquierda es concebir la vida como una batalla por un mundo más justo, más amoroso y más humano, es indispensable entonces mantener siempre viva la moral del combatiente. Para que alimente el fuego interno de las personas y de los pueblos sin permitir que nunca que se apague. Para alimentar esa llamarada, ese ardimiento, como decía el Comandante.



DEMOCRACIA SIN LÍMITES

Hay dos poderes fácticos que, a mi juicio, conspiran contra el desarrollo de una democracia completa, aunque se rasgan las vestiduras en su nombre.

Uno es el poder mediático empresarial, que reinterpreta la realidad a su conveniencia y descompone la verdad sin pestañear. Más sin la información necesaria y veraz al alcance del pueblo ¿cómo se puede hablar de democracia?

Y el otro es el poder del capital, que desmonta en los hechos la igualdad política, al supeditar el juego electoral a los recursos económicos.

¿Por qué digo estas cosas? Porque contra esos dos poderes, que en realidad es uno solo, combatimos. Y por esa razón no nos perdonan.

Democracia sin límites, pedía Alfredo Maneiro y lo expresaba con una frase muy reveladora refiriéndose a quienes entonces gobernaban: “El límite que los pongan ellos”. Porque a nosotros, en aquel entonces, lo que nos tocaba era la lucha por alcanzar ese horizonte.

Años más tarde, y ya desde el gobierno de la nación, Hugo Chávez, lo reafirmaba a su manera, pero con la misma contundencia: “Democracia total en lo político, en lo económico, en lo social”. Y añadía: “Una de nuestras tareas fundamentales es la redistribución del poder, eso es democracia, darle poder al pueblo”. “Este es nuestro gran proyecto: darle poder al pueblo, que es el dueño del poder.

¡Democracia total! Esa es una idea fascinante. En lo particular, creo que es el más apropiado cauce para el ejercicio de la radicalidad, es decir, para llegar hasta la raíz de las cosas. Y ello es lo que le da pleno sentido a toda concepción política de izquierda: el ejercicio ilimitado del poder del pueblo soberano. Para alcanzar la democracia plena y a través de ella construir el mundo mejor que necesitamos.

No nos convence ninguna otra variante de democracia, con adjetivos que lejos de impulsarla la disminuyan, la debiliten y la condicionen.

“Poder del pueblo, poder del pueblo”, cantaba John Lennon. “Dices queremos una revolución, mejor que nos pongamos en marcha de inmediato”.

Esta es la revolución en lo político: la construcción acelerada de una democracia total donde el poder le pertenezca al pueblo. Y en eso estamos. No hay una solución distinta a nuestros problemas. Ni una respuesta distinta a nuestros sueños.



EL FEMINISMO, EL SOCIALISMO

Presidente Chávez - Farruco, ¿dónde está Farruco? Farruco estaba por ahí pero le dio la silla a... ¡Ah, Farruco! ¿tú eres feminista?

F.S.- Claro, Presidente. Por supuesto que soy feminista.

P.Ch.- Ah, ve, tengo un compañero, ya no estoy solo, somos dos. A ver ¿dónde están los hombres aquí?, levanten la mano los hombres que son socialistas.

Este diálogo conmigo, y con el público presente en el acto, tuvo lugar en Maracaibo durante la intervención del Comandante en octubre de 2008, en la celebración de un aniversario de INAMUJER.

Para el Comandante Presidente estaba claro, y para mí también. El socialismo y el feminismo son conceptos inseparables. No se puede decirse socialista sin ser feminista. No se puede ser de izquierda sin serlo.

¿Y qué es ser feminista, según eso, desde esta perspectiva?

Es muy sencillo y no hay que darle demasiadas vueltas: consiste en reconocer que entre las grandes emancipaciones históricas planteadas por los procesos revolucionarios, está la emancipación de género.

Junto a la emancipación de clase, junto a la cultural y la de las comunidades oprimidas o saqueadas, al lado de todas las causas de los explotados y segregados del mundo, hay que incluir sin duda la causa de la emancipación de la mujer. Para actuar en consecuencia. Porque es un tema sustancial de la liberación humana.

Hay que reconocer valientemente que nuestras sociedades son todavía patriarcales en mayor o menor grado. Que allí hay un punto de desigualdad estructural. Un punto de soporte. Y que ese soporte ha de ser derribado.

Podemos diferir en los métodos para lograrlo. Pero debe caer esa columna a como dé lugar, entre las otras que sostienen el sistema. Ninguna de ellas puede quedar en pie en la construcción del nuevo edificio humano.

Luchamos por un mundo de iguales, no solo en la idea sino también en los hechos. Y los hechos nos evidencian que, más allá de las disposiciones legales, unas más “avanzadas que otras”, y sin que importa lo que se diga o establezca, nos falta un trecho largo todavía por recorrer, para lograr esa igualdad real en el tema de género.

Ser mujer en el mundo de hoy es estar en estar en inferioridad de condiciones. No puede haber nadie de izquierda que no lo vea, que no lo comprenda, que no lo sienta, que no lo incorpore al universo de sus preocupaciones y a los motivos de su lucha.



CULTURA Y EMANCIPACIÓN

Si somos de la izquierda superficial y nos sentimos cómodos en ella, nuestra concepción de la cultura podrá adaptarse a múltiples formas, de acuerdo a como sople el viento en nuestro campo de visión. Formas que no se diferenciarán mucho, en todo caso, de las que maneje y despliegue la derecha que se podría auto denominar “civilizada”.

Pero si somos militantes de la izquierda profunda, radical, revolucionaria, o nos identificamos con sus planteamientos, de nuestro pensamiento sobre la cultura se podrán extraer algunos criterios indeclinables. Quiero destacar un par de ellos.

Uno: el convencimiento de que la valoración de la cultura y el concepto de mercancía no se llevan bien. Lo cual no quiere decir que se obvие el sustrato económico de la cultura y sus naturales conexiones con la producción. Sino que se acepte que el potencial emancipador del proceso de creación humana y de sus manifestaciones, debe privilegiarse sobre los factores alienantes.

Dos: saber que la mirada desde la cultura y hacia la cultura ha de tener una cualidad integral, abarcadora e incluyente, capaz de sobrevolar el plano de lo general en

el tiempo y el espacio y de identificar, al mismo tiempo, cada detalle, en función siempre de la comprensión de lo humano.

Todo para poder construir, a partir de allí (y esto puede aplicarse muy directamente a la gestión cultural en un gobierno revolucionario) una “otra” visión del mundo, transformadora, y un “nuevo sentido común” que influya cada día en nuestra vida cotidiana para hacerla, según palabras de Chávez, “humanamente gratificante”.

Identificar en la cultura, como en clave perfecta, la más genuina expresión “de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que queremos y debemos ser”, (también según palabras de Chávez) es sin duda acertar en la diana de lo que nos cohesionan. Y es poner en valor la conocida frase de José Martí “ser culto es el único modo de ser libre” a partir del conocimiento, tanto de nosotros mismos, como del mundo que constituye el complejo espacio donde nos relacionamos.

Y una cosa más para finalizar con una verdad de Perogrullo: ser de izquierda, y mucho más cuando se asume conscientemente, representa una opción políticamente confrontada a la de ser derecha. Es obvio, claro. Constituye la expresión de una subjetividad contraria en el manejo de los temas económicos y sociales. No hay duda. Pero (y aquí voy con otra verdad no tan evidente) mucho más se acrecienta la contradicción entre ambas posiciones, a mi juicio, lejos de diluirse, cuando nos referimos a la concepción de cultura. Pues aunque unos y otros pudiéramos coincidir, tal vez, en el disfrute de sus manifestaciones, el hecho real es que las comprendemos de muy distinta manera.



LA LOCURA, FASE SUPERIOR DEL **IMPERIALISMO**

1916. Lenin. “El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que se ha implantado el dominio de los monopolios y del capital financiero, en que la exportación de capital ha adquirido gran relevancia, en que los trusts internacionales han empezado a repartirse el mundo y en que ha terminado el reparto del planeta entre las grandes potencias capitalistas.”

1945. Mao Zedong: “Cuando decimos que el imperialismo es feroz, queremos decir que su naturaleza nunca cambiará, que los imperialistas nunca dejarán de lado sus cuchillas de carnicero ni se convertirán jamás en Budas, y así hasta su ruina. Luchar, fracasar, volver a luchar, fracasar de nuevo volver otra vez a luchar, y así hasta la victoria: ésta es la lógica del pueblo.”

1965. Fidel Castro: ““Es una verdad de la historia, una ley inexorable de la historia, que todos los pueblos explotados por el imperialismo se liberarán del

imperialismo, y que los pueblos de América Latina se liberarán también.”

1967. Ernesto Che Guevara: “Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica”.

Ahora bien, tal vez a algunos que se piensan de izquierda pudieran resultarles anacrónicas estas citas de grandes referentes revolucionarios del Siglo XX. Pero, ya suficientemente avanzado el siguiente siglo en el que estamos, ¿acaso el imperialismo dejó de estar presente en estos tiempos de globalización y pos verdad?

Si eso piensan, yo los invito a Venezuela, para que vengan a sentir en sus carnes la cruel ferocidad del imperialismo actuando.

Y los invito a repasar en compañía de nuestro pueblo, las inolvidables lecciones de nuestro comandante: “Vladimir Lenin escribió aquella tesis, el imperialismo, fase superior del capitalismo. Quizá hoy habría que agregarle: la locura, fase superior de imperialismo. Es la locura, que se desató sobre el planeta” (HCH. 11.8.07) Y unos años después: “La locura imperial es la fase suprema del capitalismo, la locura imperial” (H.CH. 30.03.2011)

Y los invito también, para que la compartan con nosotros, la humana fórmula para enfrentar esa locura que planteó

el mismo Chávez en 2004, cuando proclamó el carácter antiimperialista de la Revolución Bolivariana, pacífica pero no desarmada: “Bastante montaña hay aquí. Yo les voy a decir algo, bastante sabana hay aquí, bastantes islas hay aquí, bastante selva hay aquí, bastante tierra hay aquí. Y saben una cosa, bastante pueblo hay aquí. Y saben otra cosa, bastantes cojones hay aquí. Para defender esta tierra, para defender esta patria, de cualquier intruso que pretenda venir a humillar, la dignidad de esta tierra sagrada de la Venezuela de todos nosotros ¡carajo! Y saben otra cosa, bastante historia hay aquí, bastante heroísmo hay aquí...”



CON VERDAD Y POLÍTICA

Para el militante de izquierda existe un principio rector imprescindible: el de la verdad contra la mentira.

Y con el de la verdad, el del valor de la palabra que la expresa, como algo sagrado.

Así mismo el de la coherencia entre lo que se piensa y lo que se hace, en función de unos principios tales como, justamente, el que estamos comentando. Porque tampoco el autoengaño tiene sentido.

Viene siendo un tema de honestidad intelectual con uno mismo, con nuestros camaradas y con el pueblo al que uno se debe.

Pues la mentira no se lleva bien con la política de quienes se afilian a la causa humana.

Esto ha sido importante en todo tiempo, lugar y condición.

Bolívar se lo escribió a Sucre el 26 de abril de 1925: “mi designio es hablar con verdad y política a todo el mundo”.

“La verdad, la verdad, aferrarse a la verdad”, decía Chávez en el lanzamiento de Telesur, el 24 de julio de 2005.

“Es no mentir jamás ni violar principios éticos”. Lo expresaba Fidel, como código de conducta, en su célebre definición de revolución.

Y es que la mentira no debe, ni puede, funcionar como soporte de un proyecto revolucionario. Ni ocupar papel alguno en su construcción, ni ser utilizada como instrumento en ningún caso. Porque con la falsedad se devalúa la palabra que es, sí, una herramienta de transformación indispensable. Y la palabra invalidada, produce un daño terrible en las relaciones.

No es un problema individual de lo que se trata. Que cada quien cargue con sus debilidades como pueda. Allá con su mentira personal quien no la logre superar como defecto.

Sino que es una cuestión de confianza entre unos y otros, entre todas y todos. La confianza necesaria para participar juntos en la aventura de cambiar el mundo. El basamento imprescindible de la unidad política. Que no es poca cosa.

La condición obligatoria, si a ver vamos, para prefigurar entre nosotros unas relaciones humanas dignas de ese nombre, establecidas con base a la justicia, a la igualdad, a la belleza y, por supuesto, también a la verdad.

En eso estamos y lo hacemos bien.

Mientras que la derecha en Venezuela, mentirosa como es, y a la que nada de esto le interesa, va de capa caída en su propio proyecto restaurador.



POÉTICA DE LA **MIRADA** DE IZQUIERDA

No tengo duda alguna, el gran tema de la política es el de la mirada.

Porque es entonces, a partir del punto de vista elegido para conectarse con la realidad, y de la mirada con que se observa el mundo, que surge una subjetividad que se convierte en tesis de vida. Emerge ese canon personal que te identifica.

Se me hace evidente. En la naturaleza de la mirada está la génesis de las posiciones políticas que se asumen.

No es lo mismo la mirada que te lleva a la izquierda que la que conduce a la derecha.

En nuestro caso, qué es el que me interesa porque es la nuestra, la del pensamiento de izquierda, ¿de dónde nace esa mirada? ¿Quién la construye y direcciona? ¿Acaso puede ser enderezada?

¿Es parte del misterio de lo que somos?

¿Qué sensibilidades encienden las primeras luces donde se afirma?

No lo tengo tan claro, más allá de las procedencias de clase que aunque, por supuesto, ofrecen una plataforma general para la ubicación del punto de vista, a mi juicio, no lo explican todo

En todo caso, el hecho es que de la mirada de izquierda (digámoslo así para entendernos), venga de donde venga, nace la clave del lenguaje que te habla directamente al corazón y luego se aposenta en él para jamás abandonarlo. Brota el sentido de las cosas que marca tu condición hacia el amor y nunca, nunca, hacia la indiferencia y mucho menos hacia el odio. Irrumpe el pulso punzante de un drama social que vas convirtiendo en pasión política, porque no puedes hacer otra cosa, a partir del momento en que lo eliges como el escenario de tu desvelo.

Es por eso que el militante de izquierda cuida siempre la claridad de su mirada, la protege de los espejismos, y cada día del camino la prepara para que no se le desvíe o enturbie.

Pues en la mirada está nuestro propio nombre grabado, formando parte de una lista que suma multitudes. Es un tesoro espiritual, un patrimonio humano que se acrecienta y se transmite por generaciones y generaciones.

De modo que: ¡a cultivar esa mirada! Es lo que nos toca.

Por cierto, no sé si se fijaron, pero una de las cualidades con que el Comandante Chávez retrata a Nicolás Maduro, cuando nos instruye sobre qué hacer en caso de una circunstancia sobrevenida, es la de la mirada. ¿Se acuerdan? Por algo lo hace. Tiene que ver con esa poética que aquí quise hoy destacar.

“Es uno de los líderes jóvenes de mayor capacidad para continuar, (si es que yo no pudiera —Dios sabe lo que hace—, si es que yo no pudiera continuar) con su mano firme, con su *mirada*, con su corazón de hombre del pueblo, con su don de gente, con su inteligencia, con el reconocimiento internacional que se ha ganado, con su liderazgo...”



PENSAR Y HACER

“...A fin de fijar mi resolución y mi juicio sobre lo que debo **pensar y hacer**”, le escribía Bolívar en 1818 a Alejandro Palacios en relación a un asunto secundario.

Pero igual disposición desplegaba ante un tema central: “...**haciendo y diciendo** por la libertad de América”. Así le escribe al general Robert Wilsom en 1828.

“Pues estoy muy ocupado **pensando y obrando** para marchar “ le había comunicado a Santander, en 1820.

La idea era la misma en todos los casos: unir la acción al pensamiento en política.

Así, el comandante Chávez que demostró sobrado talento para captar con rapidez la sustancia del legado bolivariano, destaca esa cualidad del Libertador.

Veamos su insistencia en la idea:

“**Filosofía y praxis**, no podemos estar filosofando un siglo. Decía Bolívar que hay que **pensar y hacer**. Bueno, esa es la filosofía de la revolución bolivariana, vamos a comenzar a sembrarla” (Hugo Chávez. 13.5.1999)

“Aquí hay que estar **pensando y haciendo**, como hacía Bolívar: **Pensar y hacer, actuar y andar** en una dialéctica permanente de teoría y practica, practica y teoría, corrigiendo el camino, sembrando el camino. (H.CH. 25.5.01)

“**Pensar y hacer** es la dialéctica y en el mismo hacer tú vas repensando y alimentando la teoría y rehaciéndola. Esa es una revolución”. (H.CH. 31.05.03)

“Es la dialéctica en su máxima dimensión, **teoría y praxis**, practica y teoría, en una marcha sin descanso, acelerada cada día más de **pensar y hacer, de hacer y volver a pensar**, de corregir el rumbo cuando haya que corregirlo, de ser muy autocríticos en el rumbo y en la construcción del modelo, en el trabajo revolucionario” (H.CH.13.8.2005)

“Todos debemos serlo, cómo fue Bolívar, **pensar y hacer, la teoría y la praxis**, para transformar la realidad en el mundo que queremos. (H.CH.22.02.2007)

“Mientras usted más piensa, por eso es que los capitalistas y los imperialistas no quieren que nosotros pensemos, nos quieren negar el pensamiento, nos quieren negar las posibilidades del pensar profundo, del estudio,

de ahí el empeño de que hagan, hagan ¿hagan qué, hacia dónde? No. **Es pensar y hacer, la praxis revolucionaria y el pensar revolucionario**” (H.CH. 27.02.2007)

Supongo , y ahora habla el autor de esta columna, que a partir de estos textos de Bolívar y Chávez, habrá quedado clara la obligación que tenemos los bolivarianos de **integrar el pensar y el hacer**. Todos somos filósofos. Todos somos pensadores. Que nadie renuncie a esa cualidad inherente al revolucionario. Pero que tampoco nadie renuncie al mismo tiempo a ser militante de la acción transformadora. No hay un lugar distinto para ella. Es aquí y ahora.

Farruco Sesto



Ser de
IZQUIERDA
Después de Chávez

